

CARTA A LOS CIEGOS

Yo tuve un amigo ciego al que enseñé Londres. No os podéis hacer idea de cómo lo pasamos. Le explicaba con detalle los sitios por donde pasábamos y estábamos y el completaba las visitas con preguntas insólitas para uno que ve, pero que no ve otras tantas o más de las que ve un ciego. Siempre terminaba diciendo: “¡Qué bonito!” Yo le miraba a las gafas oscuras y flipaba. Todo iba normal y fantástico para él y para mí hasta que se empeñó en dos cosas: viajar en el Metro (en inglés se dice “bajo tierra”) y visitar algún barrio de tolerancia. Me aterrorizaba pensar cómo lo iba a detener al final de la escalera automática del Metro por su corpulencia y su despreocupación por cualquier tipo de peligro. Se sentía seguro en todo momento. Tenía el don de la risa, del oído y del coraje. Nunca tenía miedo de nada. La escalera mecánica del Metro la salvamos bajando yo primero y gritando “¡salta!” cuando llegaba al final. Saltaba y yo detenía aquella mole humana mientras él se partía de risa y yo de pánico. Cuando le cogimos el tranquillo no reíamos los dos a mandíbula batiente y los londinenses estaban convencidos de que éramos un par de locos. Y no andaban muy equivocados. Él gritaba a los que nos miraban, a quienes olía y adivinaba: “¡La situación se torna caótica!” Gritábamos al unísono “¡Viva San Fermín!”, él se marcaba un *irrintzi* y yo intentaba por todos los medios que no continuara con un *aurresku* como una Prima Donna de la danza, porque el espacio era pequeño y él necesitaba una plaza de toros para moverse con soltura.

En el barrio de tolerancia me mostró cómo enamoran los ciegos con el tacto. Con la voz, con la elegancia y con la imaginación. Un poema. La cerveza culminaba los brindis, los abrazos y el color de los besos amistosos. Olía la belleza, la notaba por el susurro y el timbre de voz, por el tacto de los dedos y la piel. Descubría las almas de las muchachitas que aman por dinero y quedaba como un caballero.

Hubo momentos que llegué a pensar que ser ciego es un privilegio. Mi amigo Javier murió años más tarde y la esquina donde vendía los boletos de la ONCE quedó desnuda y desierta para siempre, menos para mí que siempre que paso lo veo, lo siento y le grito: “¡Salta!” y nos abrazamos. Doctor *Honoris causa* de la vida. Hasta hace poco los ciegos no eran doctores en física cuántica, pero como si lo fueran. Si puedes, pon un ciego en tu vida.

Cierra los ojos y déjate inundar por la luz de cada día.

Daniel Ezpeleta.

<http://danielezpeleta.wordpress.com>